

OPINIÓN

UN LUGAR INÉDITO

El liceo de la vida

Desde hace diez días centenares de jóvenes ocupan sus centros de estudio demandando lo que esta sociedad está demasiado acostumbrada a negarles: atención, espacios donde sean considerados como iguales, donde logren ejercer sus responsabilidades, donde puedan recibir elementos para tomar posición y, a su vez, aportar sus ideas. Espacios donde ser.

El insospechado movimiento juvenil tomó a contrapié a casi todo el mundo: el gremio docente se lamía aún sus heridas de combate y estaban todavía frescas otras, autoinfligidas; el gobierno, por intermedio del musculoso Germán Rama, había creído definitivamente superado el cimbronazo de la aplicación de la reforma educativa. Entonces los liceales desarticulaban todas las certezas sin aportar ellos mismos ninguna nueva.

Nadie esperaba que algo así pudiese suceder, y cabe preguntarse si los propios liceales no alentaban una expectativa diez, veinte veces menor a la realidad que están viviendo. No aportaron certezas porque no las tienen, y esa resultó su mejor base de movilización: la ignorancia en que las autoridades de la enseñanza los mantuvieron todo este tiempo acerca de sus planes. Los muchachos quieren saber, estudiar más, pero también mejor, y que las decisiones no dependan exclusivamente de las ideas de un pequeño grupo de técnicos, sean miembros del Codicén o sindicalistas.

Quizás ellos sientan que en ninguno de los interesantes estudios que efectuó la CEPAL sobre la educación en Uruguay se tomó en cuenta, además de las conclusiones que caben en las estadísticas, la importancia del diagnóstico, de la evaluación que los jóvenes pueden hacer sobre esa enseñanza que les infligimos y que, sin duda, todos queremos cambiar. A Rama no se le ocurrió hacerlo entonces. Pero nunca es tarde para reparar errores u omisiones.

Este movimiento estudiantil ha podido extenderse como una mancha de aceite porque encontró vidrios rotos, techos que se llueven, aulas superpobladas, bibliotecas desdentadas, demasiados profesores ausentes física o intelectualmente, burocracia en cada rincón, y al tedio, gordiflón y fofo, compartiendo los bancos que muchos estudiantes ocupan diariamente sin esperanza, con la sensación de que la mayor parte de lo que les quieren enseñar no sirve para nada.

Este grupo de chiquilines, heterogéneo, sí, que no tiene inte-

grados en su memoria personal recuerdos dictatoriales, pertenece a una generación mucho más tolerante que cualquiera de las otras que pueblan actualmente el país. No se reconoce en la crispación, en la violencia ni en la represalia. Tanto es así que no ha copiado modelos organizativos del pasado, sino que inventó los propios. Un modelo horizontal que los adultos —los del Codicén, claro, pero no sólo— tienen dificultades para entender y, sobre todo, respetar. El mundo adulto funciona habitualmente gracias al balizamiento que constituyen las jerarquías: todos sabemos cuál es el camino “lógico” que deben seguir “las cosas”. El de estos jóvenes es bien distinto. Pero sería superficial igualarlo al caos. Y si así fuese por momentos, hasta ahora han logrado encauzarlo hacia posiciones colectivas. Este rechazo a los liderazgos y protagonismos es el mejor escudo contra las poses mesiánicas o apocalípticas. La participación masiva en el análisis y las decisiones excluye el cuadro del pastor iluminado y el manso rebaño.

La situación sacudió no sólo al gobierno, a los legisladores y a los partidos políticos, sino también a mucha gente de a pie. Entre ellos hay algunos sectores que merecen especial atención, opuestos entre sí, pero con un elemento en común: la nostalgia. Son unos cuantos los que no pue-

den evitar desempolvar las viejas anteojeras sesentistas para juzgar, comparar, amenazar, exigir. Están los dinosaurios de siempre, viejos o jóvenes —“*quand on est con, on est con*”, cantaba Brassens—, que reclaman la aplicación del “principio de autoridad” sin preguntarse cuál sería el final de tal principio, que extraen etiquetas del anaquele de los abuelos para distribuir a troche y moche como pegotines en las lunetas de los autos sin más objetivo que “regimentar” la realidad para que pueda caber en sus discontinuados esquemas. Y también están aquellos que dan vuelta sus solapas con gesto ampuloso para exhibir las condecoraciones ganadas en sus épocas estudiantiles. Desde esos reales pretenden interpretar, aconsejar, criticar. Algunos de esos especímenes sacaron la cabeza en reuniones de padres de ocupantes, pero fueron impiadosamente acallados por los estudiantes o por otros padres. La historia “no puede, no debe” repetirse. Otros discursan en las mesas de los boliches, en las reuniones de amigos, aferrándose a un pasado no criticado que, como el cristal, es tan duro como frágil.

Los miembros del Codicén han manifestado una enérgica condena al sindicato de los docentes montevideanos, al que acusan de incitar la protesta de los jóvenes y de “darles línea”

para que puedan argumentar sus posiciones. Incluso hay quien sugiere que todo esto no es más que una manipulación de los alumnos por ADES, que utilizaría a los jóvenes como mascarón de proa de una estrategia oculta y devastadora. La hipótesis parece por lo menos peregrina, pero algunas actitudes asumidas por miembros de ADES no han hecho más que alimentarla. La decisión de extender el paro hasta hoy, viernes, no ha sido suficientemente explicada. No hay nada de malo, sin embargo, en coordinar actividades y solidaridades, pues ése es casi el único recurso de los gremios cuando encuentran intereses y adversarios comunes. La unión hace la fuerza. Pero en este caso, mucho más que en otros, es imprescindible que esa unión no sea entrevero. El propio sindicato se encuentra lo suficientemente débil y aislado de una parte importante de su base como para no exponerse al fiasco cruzado si es que pretende convalidarse mediante la obtención de objetivos concretos.

En este momento los liceales movilizados se encuentran en un espacio nuevo, para ellos y para todos. Un espacio que antes no estaba. El Codicén, desconcertado y todo, ha sabido percibirlo asumiendo una actitud dialoguista, tolerante, paciente, cuya mejor expresión es el concepto “do-

cente” con que Carmen Tornaría aborda la negociación. Esto también ingresó y amplió ese espacio nuevo en el que los uruguayos no hallamos todavía puntos de referencia claros, pero que intuitivamente observamos con esperanza.

No son pocos los desafíos que aún tienen estos jóvenes por delante. Algunos de ellos inmediatos, como mantener su caos organizado y sortear el aniversario de la masacre del Filtro sin confusiones, sin hipotecas. Otros algo menos urgentes, como seguir buscando un lenguaje que les permita comunicarse claramente con el resto de la sociedad o no perder de vista sus verdaderos intereses.

Este grupo de una joven generación tiene, en todo caso, una chance histórica: la de obtener una victoria importante para toda la sociedad luchando desde adentro del sistema y dialogando con interlocutores disponibles, aunque no fáciles. No es mucho lo que piden, la esencia de lo que reclaman: el compromiso escrito del Codicén de que la reforma educativa será sometida a un proceso crítico en el que tengan participación los involucrados.

¿La democracia uruguaya está lo suficientemente madura como para admitirlo? ¿No es concretarlo el principio de la verdadera obra histórica de este Codicén?

Carlos Amorín



Foto: Oscar Bonilla